

CARGANDO EL PROPÓSITO

Breve relato de experiencia

Javier Zorrilla Eguren
Parques de Estudio y Reflexión Ihuanco
Lima-Perú

En un retiro de ascesis, en el que se revisó el material sobre ascesis y afectividad, pareció adecuado observar tres temas: La reconciliación con un mismo; el esclarecimiento sobre el propósito; y la carga emotiva del mismo. En dos entregas anteriores se trabajaron los dos primeros temas y ahora toca hacer una primera y muy somera reflexión tentativa, como de bitácora, sobre el tercero.

Les presento algunos atisbos intuitivos que fui teniendo en el mismo atender a qué aumentaba o disminuía la carga del propósito en mi vida diaria. Este observar exigía que recordara, por lo menos en algunos momentos del día, cómo andaba de carga mi propósito: ¿estaba la carga alta, media o baja? O simplemente no había carga alguna, porque estaba identificado (absorto, tomado) con otro tema, otra imagen o la misma situación o estado interno alterado o ensimismado del momento.

De todas maneras, tenía que cumplir primero una condición, hacerme un plan de observación. La estrategia contempló dos formas. Una, cargando dentro del procedimiento la imagen que mejor traducía mi propósito, luego de haberlo ya esclarecido y previa reconciliación conmigo mismo. La otra manera era vincular el propósito al acto válido, al ideal de coherencia, en el supuesto de que la carga podría aumentar por las acciones que realizaban el propósito en el mundo o disminuir con aquellas que lo postergaban.

Pude observar que el tema “carga del propósito” no estaba desvinculado de los otros aspectos de la ascesis (estilo de vida tranquilo, atento, no compulsivo; procedimiento de conexión y registros de lo profundo; y revisiones y evaluaciones periódicas, etc.).

Tampoco aparecía el tema de la carga desligado de la reconciliación conmigo mismo y con los demás. También tenían que ver con la carga las imágenes claras y con encaje que tradujeran ese propósito trascendente (era trascendente porque iba más allá de los avatares del yo, las tendencias del paisaje de formación y las compensaciones a las exigencias y las turbulencias de la vida diaria, además de registrarse como viniendo de lo profundo, produciendo unidad y superando el temor a la muerte).

Pude reconocer que “carga del propósito” aparece como un atributo que es componente de una estructura mayor y como tal puede variar cuando los otros componentes no convergen, colaboran, complementan o acompañan adecuadamente.

Me pregunto: ¿de qué sirve cargar un propósito si no está bien esclarecido en cuanto a su significación interna, en cuanto a su sentido histórico, colectivo y trascendente? ¿De qué sirve cargarlo constantemente si no he llegado cabalmente a reconciliarme? Porque en esta situación de contradicción y polaridad la fuerza interna, la carga emocional, va a dividirse en lugar de producir unidad interna.

Vi que la contradicción va a contramano del propósito como una imagen de futuro que me succiona, que me inspira y que me entrega un eje de coherencia contra el cual observar la calidad unitiva o contradictoria de mis decisiones y acciones.

Entonces se me hace más fácil registrar lo que abre y lo que cierra mi futuro, lo nuevo que surge, me impulsa y crece o lo antiguo que me detiene y me hace retroceder.

Este proceso de acumulación positiva o negativa, se me aparece como decisivo para ir aumentando con regularidad la carga del propósito (o para facilitar su recarga en caso de haberme olvidado, descentrado y apartado de él).

Mi propósito bien cargado y esclarecido es una imagen de futuro que impele a transformar la situación presente en dirección a ese futuro querido y pleno de sentido. Sabemos que los tres tiempos de conciencia operan en conjunto,

simultáneamente, y que es el futuro imaginado y el proyecto que lo realiza lo que hace que la conciencia se apasione, se inspire y envíe los impulsos a los centros de respuesta que van a configurar el paisaje querido.

Entonces no se trata de que deje las cosas como están, pues una vez que el propósito va operando en los campos de copresencia y presencia él mismo va inspirando la acción válida, transformadora, que el nuevo paisaje sugiere en sustitución del antiguo paisaje propio del paisaje de formación.

Esto significa, necesariamente, que tome decisiones, que elija y por lo tanto active los selectores de los centros de respuesta para que lo que instale en el mundo corresponda a mi anhelo más profundo y querido, al más sabio y bondadoso que yo pueda encontrar en mí para dotarlo de la fuerza que requiere para transformar todo aquello que me retiene en mi mundo interno y externo.

Atender a lo que sale de mí, pero también a lo que dejo entrar en mí, porque finalmente se convierte en una representación, en una imagen, en una configuración, que lleva dentro de sí una determinada cantidad de carga.

En la Mirada Interna, el término "carga" aparece asociado a términos como "fuerza", "energía", "proyección", "carga (y descarga) de objetos y de personas consideradas sagradas", "representación interna", "represión", "descontrol", "control", "ordenamiento", "sexualidad", "creatividad", "crespucular", "irracionalidad", "lo santo", "lo sagrado", "contradicción", "integración", "agradecimiento como concentración de estados de ánimo positivos", "desalojo de emociones negativas".

Observo que cada estímulo que llega a conciencia no es un estímulo aislado sino una estructura de situación completa percibida y representada sobre la cual actuará mi conciencia en base a una interpretación que tomará como referencia los datos aportados por mi imaginación y mi memoria.

Me doy cuenta que cada respuesta es un acto completo que involucra todo mi ser y que opera sobre esa situación interno-externa transformándola, dotándola de sentido, en una dirección determinada y dejando un registro placentero o doloroso, unitivo o contradictorio.

Es como si todo lo que saliera o entrara a mi conciencia tuviera su cenestesia propia, en una u otra profundidad, zona y nivel del espacio de representación.

Pienso y reconozco en este momento que lo unitivo y lo contradictorio son registros completos, vividos por mí en el campo de una intencionalidad en la que puedo intervenir gracias a la ascesis, al estilo de vida y al propósito: *"Nombrador de mil nombres, hacedor de sentido, transformador del mundo... No eres un bólido que cae sino una brillante saeta que vuela hacia los cielos. Eres el sentido del mundo y cuando aclaras tu sentido iluminas la tierra. Cuando pierdes tu sentido la tierra se oscurece y el abismo se abre.*

Así es que mi pensamiento, mi emoción y mi acción pueden converger a través del acto unitivo en una misma dirección evolutiva, guiada por un propósito con sentido trascendente, que vaya más allá del yo y las necesidades o ensueños personales: *"Si crees que has sido arrojado al mundo para cumplir con la misión de humanizarlo, agradecerás a los que te precedieron y construyeron trabajosamente tu peldaño para continuar en el ascenso".*

Cada decisión tome, cada cosa que haga, puede afirmar mi paisaje de formación o puede facilitar la experiencia del nuevo rumbo trazado por el propósito en la ascesis. Este nuevo rumbo entraña conductas de modificación de aquello que me genera sufrimiento. Y si lo que me genera sufrimiento es toda una relación con el mundo, entonces un cambio más hondo es imprescindible para que la carga del propósito, en el campo de la coherencia, sea cada vez más creciente y continua: *"No hay pasión, ni idea, ni acto humano que se desatienda del abismo. Por tanto, tratemos lo único que merece ser tratado: el abismo y aquello que lo sobrepasa".*

Siento que cuanto más pida por mi unidad interna, cuanto más sienta a mi propósito en su encaje con el Plan de la Vida, cuanto más tenga en cuenta todo esto en la acción, tanto más se ira cargando ese propósito que me orienta como si fuera ese faro luminoso que me impide estrellarme contra las rocas o esa estrella que al mirarla me sirve de referencia para saber dónde estoy y adónde voy.

Junio de 2015

